

Hoy celebra toda la cristiandad el DÍA DEL PAPA. La mejor manera de que todos participemos en este homenaje universal al Papa es haciendo un acto de fe y de confianza en el mismo. Vamos a disponernos a eso.

El acto de fe en el Papa, que es un acto de fe en la Iglesia, que está cimentada en la institución del Papado en la persona de Pedro, se impone a todo el que considere con un poco de imparcialidad y detenimiento el pasado, la historia de veinte siglos de vicisitudes. Y el acto de confianza en el Papa lo están reclamando las exigencias tanto individuales como colectivas de la humanidad en la actualidad. Para arrancarnos a nosotros mismos ese acto de fe vamos a echar una mirada al pasado y para estimularnos a depositar la confianza en el Papa, vamos a considerar las circunstancias actuales de la humanidad.

Una mirada al pasado. Vamos a detener nuestros ojos sobre los últimos capítulos del Evangelio y nos vamos a fijar nada más que en dos predicciones de Cristo. La una, es la que encontramos en el capítulo 24 de S. Mateo. Jesús sale de Jerusalén pocos días antes de su Pasión y se dirige con sus discípulos al monte de los Olivos, que era el lugar a donde habitualmente se solía ir a descansar cuando estaba en Jerusalén. Han bajado en valle de Cedrón y suben al monte de los Olivos. En esto los discípulos se detienen para contemplar la hermosa cúpula dorada del templo en que reverberaban los últimos rayos solares del día. Era imponente toda aquella mole de pabellones y de torres. Era uno de los motivos más hondamente sentidos de orgullo para los hebreos. "Maestro... ¿esos edificios y esos sillares tan sólidos?" - le dicen a Jesús. Jesús se vuelve también y después de habérselo detenido a considerar unos breves momentos, con acento de tristeza, pero con aire de seguridad en su palabra les dice: "En verdad en verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra... y no pasará esta generación sin que tenga lugar ese suceso..." Los discípulos quedaron asombrados, callaron y siguieron adelante. A los 30 (o) 35 años escasos los ejércitos de Vespasiano acorralaban al ejército hebreo dentro de aquellas murallas. Y poco después su hijo Tito asaltaba a aquella fortaleza con tal violencia y con tanto empuje que no bastaron a detener el avance todos aquellos centenares de miles de hebreos exaltados por un amor patrio exacerbado. De la violencia de la lucha nos puede dar idea Flavio Josefo que el mismo fue capitán de una guarnición que en Galgala resistió a los romanos. Nos dice que hubo de parte de los hebreos más de un millón trecientos mil muertos. Al fin reducido por el hambre y acosados por la furia de las legiones romanas cayeron y estos derribaron el templo y toda la ciudad de forma que no quedó en Jerusalén piedra sobre piedra.

Para desmentir a Jesucristo que dijo que no se volvería a edificar aquello hasta el fin de los siglos, Juliano el Apostata reunió ingentes cantidades de dinero y agendó allí millares de obreros que echaron los cimientos del nuevo templo, pero unos globos de fuego que salían de los cielos impidieron que se pudieran proseguir las obras de reconstrucción iniciada con tanto afán. Más tarde otros intentos fracasaron por las discordias internas de los mismos hebreos y a los cuatro siglos de este intento de Juliano el Apostata (366) el califa llamado Omar construyó en el mismo lugar su famosa Mezquita que es una de las tres principales del Islam juntamente con las de La Meca y de Medina. Varias veces se ha intentado reagrupar al pueblo hebreo disperso en el mundo; hoy mismo como también después de la guerra europea anterior se habla de la constitución del hogar judío y naciones poderosas como Estados Unidos y Inglaterra apoyan tales pretensiones, pero todos los esfuerzos se estrellan contra la mano providencial de Dios que se vale de un instrumento que actualmente es precisamente el Islam. Las ruinas de Jerusalén y los restos dispersos del pueblo hebreo dan testimonio de la verdad de Cristo.

Pero no son las ruinas las que descubren la mano de Dios, es también la solidez de ese otro edificio que se levanta sobre la piedra angular establecida por Cristo, sobre Pedro. Y he aquí la segunda escena del Evangelio. Tiene lugar en Cesarea de Filipo. Pedro ha hecho su profesión pública de fe que le ha atraído la gracia de Dios. Jesús recompensa esa fe de Pedro diciéndole: "Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." La serie ininterrumpida de los 263 Papas que se han ido sucediendo, la subsistencia de la Iglesia a través de tantas vicisitudes de la vida de la Iglesia a pesar de tantos enemigos y de tantos estilos desde los internos hasta los externos, su subsistencia con recursos humanos y naturales al parecer tan débiles, es otra realidad que a quien considera con ojos imparciales le habla con una elocuencia irrefragable. Todo los más poderosos del mundo, los cabanos y los reyes, los poderosos de armas y de dinero, todos han luchado contra ella pero todos han tenido que exclamar al fin como aquel Juliano Apostata que recogió de en su puño los borbotones de sangre que salían de su pecho atravesado y sintiéndose desfallecer arrojando al aire un puñado de sangre dijo: Venciste Galileo.

Muchos ha habido que han ambicionado la victoria contra el Papa y la Iglesia que se defendía a veces sin mas recurso que su autoridad y su poder divino, pero al fin se ha visto siempre donde estaba la mano providencial de Dios que prevaleció ahistirla en todo momento. Se reía Napoleón como se reían otros antes que él de las amenazas del Papa. "La excomunión no arrebatará los fusiles de las manos de mis soldados - decía él - y efectivamente él confiaba en sus soldados y no necesitaba más. Pero el frio de las estepas rusas al poco de pronunciar él estas altivas palabras arrebataba los fusiles de las manos de sus soldados y al cabo de un año era recluido en Sta. Elena como un sujeto peligroso. Así es la historia. El monolito egipcio de la Plaza de S. Pedro de Roma en cuyo remate están escritas estas palabras Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat es testigo de todas estas victorias y aun cuando desapareciera ese monolito daría testimonio de estos triunfos de la Iglesia la Historia.

Ved, pues, amadísimos fieles, que la simple consideración de los hechos provoca en nosotros ese acto de fe en el Papa y en la Iglesia que es la depositaria de la verdad de Cristo, la mandataria de su autoridad, la continuadora de su misión.

Pero hoy se nos pide algo más que un acto de fe. Hemos de hacer además un acto de confianza en ella y principalmente en el Papa. Cuando el hombre ha estado confiando en su mismo y ha encomendado su destino a los dictados de su razón, cuando el hombre orgulloso y satisfecho de sí, ha erigido a estas sus alturas, era un poco difícil hablarle de que no le bastaba eso, de que no bastaban las luces que pudieran desprenderse de su razón para iluminar el camino de su vida. Pero hoy, que está viendo cómo la ciencia y el progreso no significan nada, no le abren a la humanidad ningún horizonte, que el hombre se ahoga, hoy que es un fenómeno corriente desconfiar de la propia ciencia y de la propia sabiduría, hoy que no hay inconveniente en reconocer que cuando se trata de los problemas del hombre, de su orientación, de la creación de las condiciones de su existencia no es nada lo que pueda saber un químico aunque sea el mejor del mundo, que no es nada lo que pueda saber un médico aunque sea el mejor del mundo, que no es nada lo que pueda saber un psicólogo aunque sea el mejor, que no es nada lo que pueda saber la mejor Minencia en cualquiera de los ramos y que por otra parte las facultades del hombre son limitadas para que uno pueda abarcar todos los ramos del saber humano, hoy que se desconfía, como he dicho antes, de la razón, no es tampoco difícil si se piensa un poco en las cosas al que pongamos nuestra confianza y encomendemos al parvenir y la dirección de los problemas humanos al Papa, que a la Ciencia y prudencia humanas una la ciencia y la prudencia divinas.

Hemos leído no sin sorpresa la noticia de la constitución en Francia del

Templó científico de la Síntesis bajo la dirección de Alexis Carrel cuya fama ha recorrido el mundo en alas de su famoso libro La incógnita del hombre donde exponía esta idea y que recogida por Petaia ha dado lugar al decreto del Noviembre de 1941 por el que en una de las casas de París se ha constituido esa agrupación de sabios que espera ser el centro del pensamiento y el foco de luz que oriente a las autoridades de Francia en la solución de sus problemas económicos, sociales, de educación, de higiene, de eugenesia, etc... La idea ha sido admirablemente acogida y ha merecido el elogio de todos... es que el hombre no se basta, el hombre por sí no puede saber todo lo que le conviene saber... el hombre no tiene posibilidades de adquirir todos aquellos conocimientos y normas que le hacen falta... tampoco lo puede un sabio para todos... porque un sabio tampoco puede abarcar todos los ramos del saber... es necesario que se haga algo agrupando a los mejores a quienes su mismo prestigio les dota de autoridad... lo ideal sería que las autoridades tuvieran en cuenta esas normas... se ajustaran a las mismas...

Y no se daban cuenta que Jesucristo nuestro Señor previó a esta necesidad de la humanidad con la institución del registro infalible, con la institución de la Iglesia. Confíen a ella nuestro porvenir. Pero no solamente se hace ella y su Jefe supremo acreedor a esta confianza por la impotencia natural del hombre para gobernarse a sí mismo, sino que hoy se impone a la humanidad el volver los ojos a Ella y a su Jefe supremo. Después del vacío que van a experimentar los pueblos al cabo de esta terrible prueba en la que se les mantiene con las promesas de bienes ilusorios, de bienes que ellos no pueden conceder, en quien van a poner los ojos más que en ella que siempre ha protagonizado la paz, que en ella que se ha erigido en protagonista de la paz? ¿Qué va a poder la avalancha de descontentos habiendo de los que no han considerado ni respetado, de la justicia y de la humanidad? Si no han reconocido la justicia cuando han echado mano de la fuerza bruta y en ella han confiado, no pueden hablar en nombre del derecho y la humanidad si han violado sus exigencias? Volvamos los ojos a Roma y digamos con emoción: Creo en la Iglesia, creo en el Papa.